

Załącznik numer 1 dla uczniów szkół podstawowych

Poniższe fragmenty pochodzą z tekstu adaptowanego dla dzieci realizowanego jako projekt społeczny na stronie <http://www.weeblebooks.com>

Fragmento 1

La aventura de los molinos de viento

adaptado por Eugenio Navarro

Sancho iba sobre su asno muy contento y con muchas ganas de sentirse, como le había prometido don Quijote, dueño de su ansiada ínsula. En estos pensamientos andaban, cuando descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que había en el campo de Montiel.

—La aventura se cruza en nuestro camino —dijo don Quijote a su escudero—. Mira, querido Sancho, allí hay treinta o más inmensos gigantes, con quienes pienso entablar batalla hasta poder quitarles la vida.

—¿Pero qué gigantes divisa mi señor caballero? —le preguntó Sancho.

—Aquellos que ves con unos brazos enormes —respondió su amo—. Hay gigantes que tienen los brazos hasta de diez kilómetros.

—Mire vuestra merced —le respondió Sancho—, que no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que parecen brazos son sus aspas girando.

—Bien parece —respondió don Quijote— que no entiendes mucho de aventuras, lo que allí ves son claramente unos gigantes. Pero si tienes miedo, apártate de ahí y ponte en oración, que yo entraré en una fiera y desigual batalla.

Y diciendo estas palabras, picó espuelas a Rocinante sin prestar la más mínima atención a los gritos que Sancho le daba advirtiéndole que eran molinos de viento. Convencido como estaba don Quijote, corría a todo galope gritando: —¡No huyáis, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os arremete!

Justo cuando llegaba a los molinos, se levantó un poco de viento y sus grandes aspas comenzaron a moverse. Al darse cuenta de esto, don Quijote gritó: —Aunque mováis los brazos hasta quedaros sin fuerzas, me lo habréis de pagar.

Se encomendó de todo corazón a su señora Dulcinea, se cubrió con el escudo y, con Rocinante a todo galope, embistió con lanza en ristre al primer molino, propinando una lanzada en el aspa. Como el viento comenzó a soplar con fuerza, el aspa del molino hizo que la lanza, al clavarse, empezara a dar vueltas con tanta furia que la rompió en pedazos y tiró al suelo al caballo y al caballero, quien cayó rodando por el campo. Sancho acudió rápidamente a socorrer al maltrecho don Quijote y, cuando llegó, vio que su amo no se podía menear de lo grande que había sido el golpe. (...)

Sancho ayudó a levantarse a don Quijote y lo subió a lomos de Rocinante, que también se encontraba bastante descoyuntado. Y comentando la aventura vivida, continuaron camino de Puerto Lápice.

Fragmento 2

Donde se cuenta la aventura de don Quijote con un rebaño de ovejas

adaptado por M^a Asunción Fuente

Caminaba don Quijote una soleada mañana conversando con su amigo Sancho sobre las maravillosas aventuras que había leído en los libros de caballería. Sancho, por su parte, aprovechaba cualquier ocasión para quejarse del mucho andar y el poco comer de los últimos días.

—¡Qué poco sabes, Sancho, de los asuntos de caballería! —le recriminaba don Quijote—. La vida de los caballeros y los escuderos es muy dura, pero también tiene grandes recompensas. Pronto disfrutarás del placer de la victoria, ¿qué mayor contento puede haber que el de vencer en una batalla?

—Así será, mi señor —respondió Sancho—, pero, de momento, siempre nos han derrotado y solo nos hemos llevado palos y puñetazos.

Mientras hablaban, don Quijote miró a lo lejos y vio una enorme polvareda. Su imaginación volvió a los libros de caballería.

—Hemos tenido suerte, Sancho. Creo que hoy será el día de nuestra primera victoria. ¿Ves aquella polvareda? Es Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana, con su ejército de caballeros y gigantes que se acerca por el camino.

—Pues ese señor «Falfafón» debe de tener otro ejército, pues por allí viene otra polvareda —respondió Sancho mirando al lado contrario.

—¡Ay, mi querido Sancho, qué poco conoces las batallas! Ese es el ejército del buen Pentapolín del Arremangado Brazo, rey de los garamantas. Alifanfarón, que es pagano, está enamorado de la hija de Pentapolín, que es cristiana, y la quiere secuestrar. Pentapolín se acerca con su ejército para defenderla.

—Y nosotros ¿qué haremos?

—¡Pues ayudar a Pentapolín! Ven, subamos a ese montículo para observarlos mejor.

Don Quijote y Sancho cabalgaron hasta una pequeña loma que había al lado del camino y se quedaron observando. Las polvaredas se fueron acercando y comenzaron a oírse muchos balidos de ovejas y carneros acompañados de los gritos de los pastores que los guiaban.

—Señor, yo no veo ni caballeros ni gigantes, ni nada que pueda parecerse a un ejército, solo dos rebaños de ovejas que se dirigen a pastar.

—Pero ¿qué dices, Sancho? ¿Es que no oyes el tocar de las trompetas, el redoblar de los tambores y el rechinar de las armaduras? Ya sé lo que pasa, que tienes miedo. El miedo nos hace ver cosas que no son. Pues quédate aquí esperando, que yo ayudaré a Pentapolín del Arremangado Brazo.

Don Quijote se encomendó a su señora Dulcinea del Toboso como hacía antes de cada batalla y, puesta la lanza en ristre, bajó la loma galopando y arremetió contra el rebaño. Las ovejas, asustadas, huyeron despavoridas, balando sin cesar y chocándose las unas con las otras.

Los pastores levantaron los brazos y comenzaron a gritar a don Quijote que se detuviera. Pero viendo que era inútil, cogieron las hondas y comenzaron a lanzarle piedras. Una de ellas le dio en las costillas, otra le rompió tres o cuatro dientes y la última le dio en la celada, es decir, en su casco, y lo derribó. Don Quijote quedó tendido en el suelo a los pies de Rocinante, mientras los pastores huían asustados creyendo que lo habían matado. Sancho, que había estado observando todo desde lo alto, se acercó con su asno hasta donde estaba su señor. Le quitó la celada, le refrescó la cara con un poco de agua y don Quijote se espabiló.

—Ya os decía yo, mi señor, que esas polvaredas no eran de ejércitos ni de gigantes, sino de simples rebaños de ovejas —refunfuñó Sancho entristecido.

Fragmento 3

La batalla contra los cueros de vino

adaptado por José Luis Pedrero

Y así es como llegaron a la venta de Juan Palomeque, donde ya habían estado tras otra de sus aventuras. Don Quijote, claro, pensó que era un castillo.

Fueron recibidos con grandes muestras de alegría por el ventero, su bella hija y la fea moza llamada Maritornes. Don Quijote, altivo y solemne a la vez, pidió un alojamiento de mejor calidad que el anterior, mas la esposa del ventero no olvidaba que don Quijote no les había pagado por ninguno de sus servicios anteriores, por lo que decidió alojarle en el mismo desván.

Mientras el caballero se acostaba, el resto de la comitiva se preparaba para cenar y pasar una agradable velada. En el transcurso de la cena, hablaron de las aventuras y de la locura de don Quijote.

(...)

En esto, se oyó gran estruendo y a don Quijote gritando:

—Tente, malandrín, aquí te espero. —Y parecía que daba grandes cuchilladas a las paredes.

—No os quedéis ahí parados, entrad a ayudar a mi señor —gritaba Sancho—, está luchando contra un gran gigante y corren ríos de sangre por el suelo.

—Que me maten —dijo el ventero—. Lo que este buen hombre dice sangre, puede ser el vino que contienen los odres que guardo en el desván.

Así entraron todos en el aposento y vieron a don Quijote con el más extraño aspecto del mundo: estaba en camisa corta, tan corta que no tapaba los muslos ni casi las nalgas, y con las piernas huesudas y sucias al aire. En la cabeza, un bonete rojo grasiento del ventero. En su mano izquierda, la sábana enrollada a modo de escudo, y en la derecha, la espada desenvainada con la que daba cuchilladas a todas partes. Lo más extraño de todo era que mantenía los ojos cerrados mientras vociferaba a voz en grito.

Al ver su vino derramado por el suelo, el ventero se enfureció y se arrojó sobre don Quijote, empezando a golpearle con saña. Entre varios consiguieron separarlos y, al ver que don Quijote no despertaba, le lanzaron un cubo de agua encima.

Mientras tanto, Sancho buscaba las pruebas de la gran victoria de su señor, las cuales le harían merecedor de su tan deseada ínsula. Aseguraba haber visto la cabeza del gigante, pero que, por arte de magia, había desaparecido.

Al ver a don Quijote en tal estado y a Sancho siguiendo por el mismo camino, el ventero empezó a maldecir a ambos, asegurando que nada impediría que pagaran tan gran estropicio. (...)

Ante tal disparate, todos reían de forma incontrolada, excepto el ventero, que solo podía pensar en Satanás y en la repentina muerte de sus cueros de vino.